SCOUTS®
Construir un Mundo Mejor

ASDE
España

Y, de repente, la magia llegó al bosque



SCOUTS® ASDE
Construir un Mundo Mejor
España
C/ Lago Calafate, 3
28018 Madrid
Tlf. (34) 91 517 54 42
Fax. (34) 91 517 53 82
asde@scout.es
www.scout.es

Miembro de la Organización Mundial del Movimiento Scout / Declarada de U.P. 1.12.1977 / Registro de Asociaciones 1071 / Premio Nacional de Medio Ambiente 1993 / Distinguida con la Corbata de la Orden Civil de Alfonso X-2005/Premio Estatal Voluntariado Social 2008

"¡PLAS PLAS!

Con ese sonido de cola castoril empieza el agradecimiento a León y Auri, las dos Gran-Gran Castoras que nos han dejado visitar su mágica isla, para contarnos…

… la mejor de las historias"

AUTORAS:

Irina García Padrón - ASDE Scouts-Exploradores de Canarias
Diana Torres de León - ASDE Scouts-Exploradores de Canarias

dona con confianza ONG FUNDACIÓN LEALTAD
Adoki
efr certificado en conciliación
ES - 225 / 2022 / Másfamilia

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: Más allá de la Madriguera 0

Castor sin paletas (etapa de integración) 0

CAPÍTULO 2: Nombres que brillan como estrellas 3

Consejo de Malak: Escuchando se aprende 3

CAPÍTULO 3: Compartiendo las bellotas doradas 7

Lema: Compartir 7

CAPÍTULO 4: El Dique: un plan en marcha 11

Construcción del Dique 11

Consejo de Malak: todas y todos necesitamos tu ayuda 11

CAPÍTULO 5: ¡Por fin han llegado! 17

Castores con paletas (etapa de participación) 17

La Ley de la Colonia: El castor o la castora comparte con alegría y juega con todos y todas 17

CAPÍTULO 6: Un intruso en la Madriguera 20

Consejo de Malak: Cada cosa tiene su lugar 20

CAPÍTULO 7: El gran incendio 23

Promesa: prometo compartir mi labor como Castor, participar con alegría en la Colonia 23

Consejo de Malak: Todas y todos necesitamos tu ayuda, compártela 23

CAPÍTULO 8: La tormenta ya llegó 27

Castor Keeo (Etapa de animación) 27

CAPÍTULO 9: Festival de las colas de colores 33

Las colas 33

Consejo de Malak: Limpio y sano debes crecer 33

CAPÍTULO 10: La enfermedad del Gran Hermano 37

Consejo de Malak: Vivimos en el bosque, cuídalo 37
Consejo de Malak: Todos y todas necesitamos tu ayuda, compártela 37
CAPÍTULO 11: Nado arriba 40
Despedida de la Colonia 40
Cuento ambientado gracias a “Canción de Despedida de la Colonia Castores” del Grupo Scout La Salle - Jerez de la Frontera (MSC) 40

CAPÍTULO 1: Más allá de la Madriguera

Castor sin paletas (etapa de integración)

En un lugar muy lejano de aquí, donde la nieve cubre montes y valles guardados por viejas montañas, existe un Bosque lleno de altos árboles, grandes lagos, ríos y animales de todos los tamaños que viven alegremente cada día.

Keeo, el castor, nació en la época de las últimas nieves, cuando el cielo era de un azul intenso y la noche era plateada como los arroyos de los valles. Era una criatura de piel suave; su cuerpo estaba cubierto de un fino pelaje castaño y sus ojos marrones se abrieron desde el principio.

Sus primeros días transcurrieron en la **Madriguera**, que había sido construida por su familia el otoño anterior con palitos y troncos. El interior consistía en una amplia y única estancia. El suelo estaba dividido en dos partes: una parte trasera, donde vivían los castores, que tenía una alfombra de virutas de abedul, y una delantera, donde estaban la despensa y la puerta, junto a la que había dos agujeros que llevaban al mundo exterior.

Al calor de las virutas de madera, Keeo aprendió a mover sus patitas junto al resto de la camada: Kapi, Moi, Piko y Kid. Todos se parecían mucho a él y juntos exploraron los recovecos de la **Madriguera**. Mientras que Kapi y Moi eran más tranquilos y se habían quedado junto a Keeo, Kid y Piko ya se habían aventurado a mirar qué había más allá.

Una mañana sintió el aire frío que se colaba por uno de los agujeros de la madriguera y le entró una curiosidad irresistible por ver qué había fuera. Chapoteó hacia la superficie y, al salir, quedó maravillado al ver el reflejo en el agua de un **Gran Roble**. Saltó sobre él y lo único que sintió fue el agua en sus patas.

El primer baño fue increíble. Se zambullía, nadaba, flotaba en el agua contemplando el mundo que le rodeaba. Cuando se cansó de jugar, exploró el **Estanque**, repleto de nenúfares. Este era enorme y estaba rodeado de grandes árboles y muchas flores de todos los colores, que ofrecían un maravilloso espectáculo a los ojos de Keeo, asombrado, sobre todo, por el color **azul celeste** que lo bañaba todo.

Al verle, muchos animales le invitaron a subir a la orilla y se presentaron:

—¡Oh, Keeo, por fin has salido de la Madriguera! Yo soy **Gran Castor Marrón** —dijo un animal grande y peludo que parecía que llevaba un abrigo calentito y suave. Keeo se fijó en que también tenía una cola plana como la suya.

—¡Hola! Yo soy **TicTac**, la ardilla.

—¡Y nosotros somos **Kibu**, **Nila** y **Lekes**! —Se parecían tanto a él como Gran Castor Marrón, aunque los colores de su pelo eran diferentes.

—Y yo soy **Malak** —se escuchó una voz profunda encima de su cabeza, haciendo que Keeo mirara hacia arriba—, y soy el búho sabio de este Bosque. Nosotros somos tus **Grandes Castores**.

—Ah, hola —dijo Keeo, un poco tembloroso y asustado al conocer de repente a tantos animales grandes y diferentes.

—No te asustes, pequeño castor —respondió Gran Castor Marrón—. Entre todos te enseñaremos un montón de cosas para que vivas aventuras maravillosas dentro de este **Bosque**. Como ves, aquí vivimos distintos animales y dependemos los unos de los otros. Hay grandes árboles que utilizamos para hacer nuestras madrigueras y también para hacer nuestras **presas y diques** con sus troncos y ramitas.

—¡Ooh, cáscaras, qué guay! —dijo Keeo, asombrado por todo lo que le contaba Gran Castor Marrón—. ¿Y esa cosa azul que se mueve entre los árboles? —preguntó Keeo con los ojos brillantes.

—Ese es el río, nuestro **Gran Hermano**. Gracias a él, los castores vivimos. Y no solo nosotros, también el resto de animales y plantas del bosque. ¡Aprovecha! ¡Juega y nada con tu familia! Coge una ramita y ve al dique; seguro que te están esperando. Aún eres un **castor sin paletas**, pero cuando te crezcan podrás coger troncos cada vez más grandes.

Los Grandes Castores chapotearon alegremente, animando a Keeo a coger un palito y nadar al encuentro de sus nuevos amigos.

Y así fue como Keeo empezó a conocer la vida de la **Colonia del Bosque**. Los castores se alegraron de conocerle, pues tenían un nuevo amigo con el que **compartir** sus juegos y aventuras.

CAPÍTULO 2: Nombres que brillan como estrellas

Consejo de Malak: Escuchando se aprende

Mientras Keeo jugaba con el resto de sus hermanos castores, se sorprendió al escuchar cómo Gran Castor Marrón llamaba a la Colonia chapoteando con su cola tres veces: ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! Eso solo podía significar que tenía un anuncio muy importante que hacer. ¿Qué estaría pasando?

Por todo el **Estanque**, los castores nadaban rápidamente hacia el lugar de la reunión, y Keeo les siguió, pues no sabía qué pasaba. Gran Castor Marrón esperaba sentado sobre un leño, mirando solemnemente, de tal forma que parecía un sabio castor. ¡Él sabía tanto sobre el bosque y el Estanque!

—Castores —anunció Gran Castor Marrón—. Tengo que deciros algo muy importante: abajo del Estanque, cerca del lago, cuatro humanos están construyendo una especie de madriguera muy grande. Hay dos humanos pequeños y dos grandes y, además, parecen muy simpáticos.

A Gran Castor Marrón se le iluminaron los ojos y se puso de pie encima del tronco, emocionado con la gran noticia que estaba compartiendo. Keeo nunca lo había visto tan ilusionado y recordó uno de los consejos de Malak, así que prestó gran atención, pues **escuchando se aprende**.

—El mayor fue el primero en descubrirme y me señaló, hizo que todos se giraran a mirarme. Me animé a chapotear con mi cola y, cuando lo hice, ellos me imitaron con grandes sonrisas. ¡Seguro que seremos grandes amigos!

Toda la Colonia escuchaba atentamente y se emocionaba con las grandes noticias que traía Gran Castor Marrón. Keeo, junto a sus cuatro hermanos, **Kapi**, **Piko**, **Kid** y **Moi**, empezaron a saltar y a chapotear, contentísimos de poder conocer y hacer nuevos amigos más allá del propio Estanque.

—Os he reunido para que les pongamos nombre. Todos nuestros amigos que viven en el Bosque deben tener un nombre.

—¡Cáscaras y cortezas! La última vez que le pusimos nombre a alguien fue cuando llegó TicTac en el verano de las mariposas —dijo un castor. Keeo se fijó en las grandes paletas que tenía y se preguntó cuándo tendría las suyas.

—¡Seguidme, castores! ¡No perdamos más tiempo!

Toda la Colonia se lanzó a las aguas del **Gran Hermano**, nadando hacia el claro del lago, deseando conocer lo antes posible a los cuatro humanos que tan contentos traían a su castor más sabio.

Cuando estaban a punto de llegar al claro, Gran Castor Marrón se detuvo, haciendo que todos los demás se pararan detrás de él.

—Atentos, castores, debemos ir en silencio y con sigilo, pues no queremos asustarles.

Al principio, ninguno de los humanos vio a los castores que se asomaban discretamente a un lado de la orilla del río. Entonces, una de las personas más altas por fin descubrió las cabezas de los castores y susurró:

—Creo que tenemos algunos castores visitantes. No os deis la vuelta demasiado rápido, o podríamos espantarlos.

Keeo vio cómo los otros tres humanos miraron lentamente a su alrededor y comenzaron a ver a su Colonia. Aunque los humanos más pequeños parecían confusos, la otra persona, mirándolos con cariño y dulzura, dijo:

—¿No os dije que íbamos a encontrar nuevos amigos en el Bosque? Debe de haber una Colonia de castores en el Estanque cerca del río.

Entonces, la persona más pequeñita de todas corrió sin miedo a la ribera del río y empezó a chapotear con mucha alegría, generando tanta espuma que a su alrededor comenzaron a aparecer burbujas.

Los castores observaron para ver si podían escoger un nombre que describiera a cada uno de ellos. Keeo se preguntaba en qué tenía que fijarse para decir el mejor nombre para uno de sus nuevos amigos. Y, al final, con un golpe de cola, Gran Castor Marrón señaló que ya era hora de volver al Estanque.

Al llegar, la Colonia fue sentándose encima de sus nenúfares, como hacían cuando tomaban las grandes decisiones, y comenzaron a compartir lo que habían visto en el claro. Keeo estaba emocionado. Era la primera vez que se sentaba con toda su Colonia en ese lugar tan mágico.

—Castores, ¿recordáis a la persona alta que nos vio primero? —preguntó Gran Castor Marrón—. Debe de tener una vista tan buena como la de un halcón. ¿Qué os parece si le llamamos "**Ojo de Halcón**"?

—¡Oh, eso es un nombre fantástico! —gritaron todos los castores.

—Cuando vimos a la otra persona más alta, ¿no pensasteis en el arcoíris? Los arcoíris vienen después de una tormenta, y habló con tanto cariño y dulzura que me recordó a cuando sale el sol después de las lluvias —dijo **Kibu**, que siempre se estaba preocupando por el estado de ánimo de los demás.

—¡Genial! ¡Y qué bonito! —dijo Kapi, a quien le encantaba escuchar las historias de Kibu.

—Y luego estaba la persona más chiquitita, la que corrió y empezó a hacer tanta espuma que salieron burbujas a su alrededor —dijo **Lekes**, que había estado sentado más apartado de todos mientras tallaba un tronco con sus paletas.

—¡Llamémosla **Burbujas**! —gritó Keeo, que esperaba ansioso poder aportar algo.

—¡Sí! ¡Sí! Y el que falta, que tenía el pelo del color de un zorro, podríamos llamarlo "**Rusty**", porque en inglés, esa palabra se usa para describir cosas que tienen un color parecido al del óxido, como cuando el hierro se pone marrón rojizo. ¡Así que Rusty es un nombre perfecto para alguien con el pelo tan rojito como el suyo! —dijo Nila.

—¿Y por qué Nila sabe eso? —susurró Moi a Keeo.

—Me contaron que **Nila** es una gran aventurera y que, cada cierto tiempo, se va a descubrir otras Colonias. Lo habrá aprendido en uno de sus viajes. Malak dice que **"escuchando se aprende"**; seguro que Nila lo hace mucho —respondió Keeo, que recordó una de las historias para irse a dormir.

—Pues ya tenemos nombres para nuestros nuevos amigos: ¡son tan brillantes como las estrellas! —aclamó Gran Castor Marrón—. Estoy convencido de que pronto compartiremos muchísimas aventuras juntos. Felicitaciones a todos, querida Colonia: habéis escuchado atentamente y no habéis desesperado. ¡Chapoteemos para celebrarlo!

La Colonia comenzó a chapotear de alegría. Algunos saltaron de sus nenúfares, haciendo que el Gran Hermano vibrara con ellos de emoción. Keeo estaba tan contento que no sabía si saltar con el resto de sus hermanos al río o quedarse saltando en su nenúfar. ¡Había sido un día cargado de emociones!

CAPÍTULO 3: Compartiendo las bellotas doradas

Lema: Compartir

Una mañana primaveral, el sol se reflejaba en el **Gran Hermano**, generando un brillo mágico en sus aguas y comenzando a calentar las caras de todos los animales del Bosque después del frío invierno.

TicTac, la ardilla, paseaba por la ribera del río canturreando alegremente mientras disfrutaba del día tan estupendo que hacía. La **Colonia** jugaba en la orilla del estanque, chapoteando y lanzando cortezas y hojas al aire, viendo ilusionados cómo giraban y revoloteaban antes de volver a caer al suelo.

—¡Chapotea conmigo, es como volar en el agua! —gritó Keeo a Kapi, que estaba un poco alejado del resto de la Colonia.

—Prefiero seguir por aquí, Keeo —respondió Kapi, recogiendo hojas verdes fuera del Estanque—. ¡Estas hojas verdes son hermosas! ¡Nunca las había visto!

—¡Hola, TicTac! ¡Ven a jugar al agua! —invitó Moi al ver en la ribera a su amiga la ardilla.

—Hola, queridos castores y castoras, ¡qué fantasía de día! Me recuerda tanto… —dijo TicTac con voz soñadora—. ¡Ay, qué día aquel!

—¿De qué hablas, TicTac? —preguntó Keeo, interesado en la ensoñación de su amiga.

La ardilla se encontraba siguiendo el vuelo de una mariposa de brillantes colores que acabó por posarse en su pequeño hocico. Suspiró, encantada con la sensación de cosquillas que le hacían las patitas de la mariposa. Esta no tardó más que un instante en echar a volar, pero eso fue suficiente para hacer que TicTac recordara:

—Recuerdo el verano de las mariposas… El verano en el que llegué a nuestro precioso Estanque —. En ese momento, la Colonia comenzó a revolverse, inquieta, dándose cuenta de que les iban a contar una gran historia—. Era un día como hoy, brillaba el sol y las aguas del **Gran Hermano** estaban tranquilas…

La **Colonia** empezó a salir apresurada del Estanque, corriendo y nadando lo más rápido posible para sentarse cerca de TicTac, quien se había dejado caer, deslizándose, sobre un montoncito de hojas.

—Yo estaba en mi casa, allá por las montañas tan altas que se ven a lo lejos. Vivía en un nogal, un árbol lleno de hojas verdes muy parecido a nuestro **Gran Roble**, con mi familia, que siempre estaba mandándome a hacer recados —suspiró al recordar el pasado y, de repente, se puso de pie, emocionada—. Esa mañana me dijeron que tenía una nueva misión: buscar las **bellotas doradas**. Hasta ahora solo había oído hablar de ellas en susurros. Estaba esperando para ir a buscarlas y, por fin, ¡había llegado mi momento!

» Trepamos rápidamente hasta la copa del nogal para poder ver todo el Bosque desde arriba. ¡Así podrían explicarme cómo ir! ¡Desde allí era mejor que tener un mapa! Me dijeron que las bellotas estaban bajando el **Gran Hermano**, llegando más allá de donde alcanzaba mi vista. Las encontraría en las ramas de un roble más grande que los demás, que sobresalía en la orilla. Cuando me señalaron el camino, lo vi al instante: ¡un destello luminoso apareció como un rayo! ¡Sabía que tenía que ser ahí y tenía que llegar cuanto antes!

» No les voy a contar, querida **Colonia**, cómo corrí, salté y trepé por el Bosque para llegar hasta este lado del Estanque. Estaba asombrada de todas las cosas que podía ver y oler: nuevas plantas, árboles, animales, ¡incluso me las vi con una serpiente! —La **Colonia** escuchaba atentamente las palabras de TicTac, con los ojos cada vez más brillantes. ¡No se podían creer que su amiga fuera tan aventurera y divertida! Normalmente, la ardilla solía hablarles de la importancia de **compartir**, pero esta era la primera vez que les contaba sus aventuras.

—Y, por fin, llegué al saliente que me había descrito mi familia. Yo, por aquel entonces, no sabía que Malak vivía allí, pero estaba bajo nuestro **Gran Roble**. Miré por todos lados, arriba, abajo, buscando las bellotas doradas, y ni rastro de ellas. Salté, trepé a su copa. ¡Nada! No encontraba mi ansiado tesoro. Y desde arriba, sí, sí, desde allá arriba —señaló a la rama más alta del árbol—, vi algo muy brillante en el suelo, muy cerca de sus raíces, dentro del río. Me lancé rauda y veloz y metí las patitas en el agua intentando cogerlas. ¡No podían ser otra cosa que mis bellotas doradas! Por más que lo intentaba, siempre cogía una piedra o un poco de barro, pero no había rastro de las bellotas: solo las veía, pero no podía cogerlas. ¡Era muy frustrante!

» Mientras seguía en mi intento de coger las bellotas doradas, no me había dado cuenta de que se habían unido a mí varios castores y castoras a jugar en el agua. Aún no conocía lo divertido que era chapotear. Los miré molesta, sin entender muy bien qué hacían, y me contaron que se habían unido a mi juego, pues parecía divertido. Les conté el secreto de las bellotas doradas de su roble y me explicaron que lo que estaba viendo eran los rayos del sol que caían entre las hojas del **Gran Roble**, iluminando el río.

» Me entristecí y me senté en la orilla, cabizbaja, pensando que nunca las encontraría. Pero, de repente, esos animales comenzaron a traerme bellotas normales, frutos y cáscaras que habían ido recogiendo para mí. Querían compartirlas conmigo, aunque no hubiese podido encontrar mis ansiadas bellotas. No los conocía de nada y todos habían querido ayudarme y darme un poquito de sus tesoros. ¡Estaba siendo un momento mágico!

Entonces comprendí que el gran secreto no había sido tanto llegar hasta allí ni conseguir las bellotas, sino haber descubierto que existían unos animalejos maravillosos a los que les importaba más **compartir** lo que tenían, aunque fuera una desconocida. Además, Malak me explicó que, aunque hubiera estado triste y frustrada, lo importante era haberlo intentado y todo lo que había aprendido por el camino hasta aquí. El verdadero secreto de las bellotas doradas era **Compartir**.

» Y ese día me di cuenta de que quería quedarme a descubrir nuevas aventuras a este lado del **Bosque**. Hablé con Malak y con mi familia para poder quedarme. Y, en aquellos nenúfares, donde se toman las grandes decisiones, toda la **Colonia** dijo que sí, que, a pesar de ser una ardilla, yo también podía ser un **Gran Castor**.

Kapi, que había estado atento sin perderse en sus ensoñaciones, ahora entendía mejor cuando la Colonia lo invitaba a unirse a los juegos o a ir al dique. Estaba preparado para **compartir** con la **Colonia** incluso esas fantásticas hojas verdes que había encontrado esa mañana. Seguro que un castor traería algunas virutas y podrían hacer una gran alfombra nueva para la **Madriguera**.

La Colonia también había escuchado muy atenta a TicTac, maravillada y asombrada por todo lo que les había contado. ¡Por fin entendían por qué siempre les recordaba lo importante que era compartir! Los castores chapotearon de alegría; el río parecía que susurraba **Compartir**.

CAPÍTULO 4: El Dique: un plan en marcha

Construcción del Dique

Consejo de Malak: todas y todos necesitamos tu ayuda

Cuando el verano llegaba a su fin y las aguas del **Gran Hermano** empezaban a enfriarse, la **Colonia** pasaba tardes enteras rememorando todas las aventuras que habían vivido y se iban a dormir exhaustos. Malak los veía desde la copa del **Gran Roble** y pensaba que había llegado el momento de vivir la última aventura del verano.

A la mañana siguiente, los castores, al salir de la **Madriguera**, se encontraron con una sorpresa: ¡Malak estaba despierto! El búho, que normalmente solo los veía al caer la noche, estaba en una de las ramas cerca del **Estanque**, luchando por no dormirse. Tenía las plumas despeinadas, un ojo medio cerrado y se movía tambaleándose de la emoción.

—¡Por fin! ¡Ya era hora de que salierais de la **Madriguera**! —exclamó Malak, revoloteando hacia la ribera.

—¿Qué haces despierto? —preguntó Piko, sobresaltado.

—¡He encontrado la última aventura del verano y no me podía ir a dormir sin contárosla! ¡Seguidme!

Malak emprendió el vuelo sobre el **Gran Hermano** y la **Colonia** echó a nadar rápidamente tras la sombra que dejaba sobre el agua. Se dirigieron hacia una zona nueva del río, donde el sabio búho se posó en una enorme roca.

—¡Castores! ¡¿Lo veis?! ¡Es increíble! ¡Un sinfín de posibilidades! —Malak no cabía en sí de la alegría.

Los castores empezaron a mirarse entre sí porque lo único que veían era cómo el río pasaba entre dos rocas gigantes y no sabían de qué hablaba Malak.

—Malak, no sabemos a qué te refieres, ¿nos lo podrías explicar? —preguntó Gran Castor Marrón, calmando los nervios de los castores, que no estaban entendiendo nada.

—¡Por supuesto! Creo que esta es una oportunidad única para construir… ¡El mejor **Dique** de nuestra historia! —Los **castores con paletas** empezaron a chapotear, contentísimos, pues ahora sí entendían la emoción de Malak.

Sin embargo, los castores que habían nacido en las últimas nieves, a quienes todavía no les habían salido sus paletas, no terminaban de saber qué estaba ocurriendo.

—¡Sí! ¡Podemos usar troncos y ramitas! —dijo Lekes.

—Y yo he visto cómo construyen diques en otros lugares del mundo —añadió Nila.

—¿Y si usamos tierra de río arriba? —dijo Kibu.

—¡Va a quedar espectacular! —exclamó TicTac.

—Calma, calma, queridos castores, aquí todavía hay algunos pequeños que no saben de qué estamos hablando —intercedió Malak, quien veía que Keeo y sus hermanos seguían sin comprender qué pasaba—. Ahora toca **idear**, para luego **presentar** todas las propuestas y **elegir** entre todos cómo **construir el Dique**. Yo me tengo que ir a dormir, pero nos veremos en la puesta de sol en el **Gran Roble** para organizarlo todo. —El búho sabio emprendió el vuelo, dejando a toda la **Colonia** contenta con esta nueva aventura.

—¡Castores, castoras! **Construir el Dique** es una de las mejores aventuras que tenemos. Consiste en levantar entre toda la **Colonia** una pared muy alta y robusta entre esas dos grandes rocas. Sirve para que el agua no pase y podamos tener otra presa, no solo para nosotros, sino también para ayudar a los animales de este lado del río. Al fin y al cabo, **todos necesitamos tu ayuda** —explicó Gran Castor Marrón—. Tiene varias fases. Malak nos ha

recordado las tres primeras: **idear, presentar y elegir**. Después, **planificar**, **realizar**, **evaluar**, **recopilar** y **celebrar**.

—Ah, vale, eso tiene sentido —dijo Piko—. ¿Cómo lo hacemos?

—Calma, Piko, vamos por partes: ahora toca que sueñes qué te gustaría que hiciéramos. Lo puedes ir pensando junto al resto de la **Colonia** mientras volvemos a nuestra parte del Estanque.

Al caer el sol, la Colonia se reunió con Malak para presentar sus ideas para el **Dique**. Se habían pasado el día hablando entre ellos y viendo todas las posibilidades que había. Malak, al que ahora se le veía descansado, se dirigió más calmado a la Colonia:

—¿Quién quiere empezar?

—Yo he traído este barro y esta madera que se utilizan en otras Colonias y creo que va a aguantar —empezó Nila, que, como siempre, traía ideas de otras partes del mundo.

—Yo creo que tenemos que usar los grandes troncos del nogal de allí arriba, con las piedras que ha ido cogiendo Moi todas estas semanas. Además, hay que poner diferentes palos para que encaje todo bien. ¡Necesitamos más madera! —Lekes era un experto en diques y contagiaba su entusiasmo.

—¿Y si juntamos las dos ideas? Podríamos utilizar los troncos y piedras que dice Lekes y luego aplastar el barro de Nila para que quede todo pegado —dijo Piko.

—¡Qué grandísima idea, Piko! ¡Hay que empastar los troncos! ¡El barro de la Colonia amiga de Nila seguro que sirve perfectamente! —Lekes lo tenía clarísimo.

—Entonces, ¿hemos elegido ya cómo haremos el Dique? —preguntó TicTac.

—¡Sí! ¡Sí! —Toda la Colonia coreaba al unísono.

—Perfecto, ¡empecemos a planificar! ¿Cuántos troncos y piedras hacen falta, Lekes? ¿Ese barro tan magnífico cómo se hace, Nila? —preguntó Malak.

—Esperad, yo no quiero dar todas las piedras que he ido cogiendo —dijo apenado Moi—. Las guardaba para hacer unas cosas especiales que tenía en mente...

—Moi, tus piedras son formidables para el Dique. Desde que empecé a ver cómo las recogías, no podía parar de pensar que servirían para un buen **dique**. ¡No hay nada más especial que esto y eres tú quien las ha encontrado! —dijo Lekes.

—¿En serio? ¿Son tan fantásticas? —Moi estaba sorprendido.

—Magníficas, tienes buen ojo, muchacho.

—Venga, vale, las podemos usar.

—Debemos medir cuántas colas tiene el río de roca a roca y así calcular cuántos troncos nos hacen falta —siguió Lekes, organizando.

Cuando tuvieron todas las ideas claras, acordaron que a la mañana siguiente se pondrían patas a la obra. Ahora había que descansar.

Al salir el sol, se repartieron las tareas y comenzaron a **realizar** el Dique: **los castores con paletas** empezaron a talar los árboles que había dicho Lekes, mientras que **los castores sin paletas** ayudaban a Nila con el barro y Moi fue a buscar todas sus piedras. Los Grandes Castores se aseguraban de que todos participaran y les recordaban el consejo de Malak: "**todos necesitamos tu ayuda**".

Mientras empezaban a intentar colocar los troncos en la base del río, se dieron cuenta de que necesitaban más ayuda para poder avanzar con esa nueva forma de hacer diques, así que Keeo se ofreció para ir a buscar a Ojo de Halcón y al resto de humanos para que les ayudaran. Los humanos entendieron rápidamente a Keeo, que les hacía señas para que lo siguieran.

Entre todos, animales y humanos, empezaron a trabajar con alegría, viendo cómo la pared de troncos cada vez era más fuerte y robusta.

—¡Más madera! ¡Más madera! —gritaba Lekes al resto de la **Colonia**.

Piko, que llevaba todo el día emocionado con esta aventura y aprendiendo de los **Grandes Castores** cómo talar árboles, cortar troncos e irlos colocando, ahora tenía muy claro cómo había que hacer para **construir un dique**. Sabía que, para el próximo, solo necesitaría grandes paletas para roer la madera.

—Piko, ¿tú sabes cuándo nos saldrán las paletas? —preguntó Keeo.

—Yo empiezo a notarlas, ¿tú no? —le respondió Piko mientras pasaba la lengua por el hueco de las paletas.

—¡Hala, yo también! —exclamó Keeo, sorprendido.

Al caer la noche, por fin, el **Dique** estaba acabado. Estaban cansados, pero satisfechos con el trabajo realizado: les había quedado un **dique** espectacular. **Los castores sin paletas** estaban llenos de barro junto a Nila, mirando su construcción, orgullosos. Aquellos que habían ayudado a Lekes a cortar la madera se chocaban las patas, felicitándose por el gran trabajo. Y los humanos, llenos de barro y con astillas de madera dentro de sus botas, se remojaban junto a la **Colonia**, felices por sus nuevos amigos del Bosque.

En ese momento llegó Malak, quien se posó sobre el **Dique** y empezó a aplaudir con sus alas, elogiando el gran trabajo:

—¡Os dije que sería una magnífica aventura! ¡Ha quedado fantástico! ¿Qué? ¿**Evaluamos**?

Comenzaron a decir en qué habían fallado, en aquellas pequeñas cosas que no habían ido del todo bien. Incluso algún castor se puso un poco triste. Pero Kibu los animó, explicándoles cómo habían sido capaces de solventarlo todo y que también eso había que evaluarlo y felicitarlo.

Cuando acabaron de evaluar, Kapi sacó una pequeña cajita que todos sabían que había llevado durante el día:

—No sabía muy bien lo que era **recopilar**, pero, como Gran Castor Marrón dijo esta mañana que había que recopilar, he ido guardando en esta cajita todo lo que hemos usado para hacer nuestro Dique.

—Oh, Kapi, ¡muchas gracias! **Recopilar** nos sirve para recoger información, herramientas y materiales para próximos diques. ¡Qué bien que lo hayas hecho! —le dijo Malak—. Pues ya hemos acabado con todas las fases del **Dique**.

—¿Pero no había que **celebrar**? —exclamaron los **castores sin paletas**, que habían estado hablando de en qué consistiría la fiesta de después.

—¡Claro! ¡Me olvidaba! ¡Celebremos con una gran chapoteada!

La **Colonia** empezó a chapotear alegremente y Burbujas corrió con ellos para hacerlo también, uniéndose el resto de humanos a la gran celebración. Fueron apareciendo más animales del Bosque que, al ver el gran **Dique**, también se unieron al chapoteo. Gracias al trabajo en equipo de la **Colonia**, esta parte del **Gran Hermano** tenía un nuevo lugar mágico para el **Bosque**.

CAPÍTULO 5: ¡Por fin han llegado!

Castores con paletas (etapa de participación)

La Ley de la Colonia: El castor o la castora comparte con alegría y juega con todos y todas

— *¡Cázcaraz y caztañaz! ¡Me han zalido laz paletaz!* — exclamó Kid, mientras se pasaba la lengua en lo que antes había sido su hueco de los dientes.

— *¡Recontracaztañaz! ¡Tienez razón, Kid! ¡Yo también tengo paletaz!* — añadió entusiasmado Keeo, pasándose también la lengua por los dientes.

— ¡Y yo! ¡Y yo! — Se empezaron a mirar entre los cinco y todos corearon al unísono: — ¡*Tenemoz paletaz*! ¡*Tenemoz paletaz*!

Salieron de la **Madriguera** eufóricos, sin poder parar de gritar a viva voz que por fin les habían salido las paletas. A medida que se encontraban con el resto de los animales del Bosque, estos se iban alegrando con ellos y uniéndose a su celebración: TicTac bailó, Lekes les dio los troncos que les había estado guardando, Kibu les abrazó y les dijo que ahora era muy importante que se cepillaran bien las paletas para que les duraran muchos años y Nila les recordó que, aunque ahora pudieran roer madera, no significaba que pudieran agujerear todos los árboles del Bosque.

Al ver que el resto de la **Colonia** estaba tan contenta con ese momento, se dieron cuenta de que no se lo habían contado ni a Malak ni a Gran Castor Marrón. Pero no los veían por ninguna parte. Sin dudarlo un instante, echaron a nadar hacia el **Gran Roble**, pues estaban seguros de que ambos **Grandes Castores** estarían allí organizando alguna aventura.

—Oh, castores, ¿a qué viene tanto alboroto? —preguntó Gran Castor Marrón, viendo cómo llegaban corriendo.

—¡Gran Castor Marrón, es que nos han salido las paletas! —dijo Keeo.

—¡Es una noticia espléndida, jóvenes castores! Me alegro mucho por todos. ¡Cómo se nota el trabajo en el **Dique**!

—¡Y toda la **Colonia** ha celebrado con nosotros! —gritó Kid.

—¡Y hemos bailado! —exclamó Moi.

—¡Y nos han dado consejos buenísimos! —añadió Kapi.

—¡También nos han dado nuestros primeros troncos! —enseñó Piko, que traía su tronco en la pata.

—Parece que hoy no solo os han crecido las paletas, queridos castorcitos, sino que también habéis aprendido la **Ley de la Colonia** —dijo Malak.

—¿La **Ley**?

—Claro, la Ley de nuestra Colonia dice que **el castor o la castora comparte con alegría y juega con todos y todas** —explicó Gran Castor Marrón—. ¿Recordáis cuando estábamos construyendo el **Dique** y Kid no encontraba la arcilla del fondo del Gran Hermano para hacer el barro? Ahí todos ayudaron a que Kid lo encontrara, ¡si hasta os pringasteis hasta las orejas! Lo hicisteis con alegría, compartiendo todo lo que Nila ya os había explicado. ¡Eso también es la **Ley de la Colonia**!

—¡Cáscaras! ¡Pues es verdad! —dijo Kid.

—¡Claro! Estos últimos días hemos hecho un montón de cosas —rememoró Keeo.

—Bueno, castorzuelos, vayamos a seguir celebrando con el resto de la **Colonia** en el **Estanque**. Despidámonos de Malak y chapoteemos en el Gran Hermano —dijo Gran Castor Marrón.

—¡Eso! ¡Id a disfrutar! ¡Me alegro mucho! —se despidió Malak con alegría.

Cuando ya no quedó nadie alrededor, Malak voló hasta su refugio dentro del **Gran Roble** y empezó a pensar en cuánto habían crecido los castores. Se acordó de cómo miraban con curiosidad y un poquito de miedo a los animales que ahora eran sus **Grandes Castores**, cómo apenas se adentraban en el **Gran Hermano** y ahora eran expertos nadadores… Se fue acomodando en su nido mientras le venían recuerdos de todas las aventuras vividas.

Moi compartiendo sus piedras…

Las hojas verdes y brillantes de Kapi…

Keeo encontrando el nombre de Burbujas a la primera…

La tenacidad de Piko en el **Dique**…

Kid siendo tan feliz que contagiaba solo con estar a su lado…

Con todos estos recuerdos como si fuesen ensoñaciones, momentos lejanos, el búho sabio se quedó dormido esbozando una sonrisa. No solo les habían crecido las paletas a sus pequeños castores, sino que habían entendido que jugando con alegría y compartiendo con todos reflejaban el espíritu y la **Ley**. Eran una **Colonia** formidable.

CAPÍTULO 6: Un intruso en la Madriguera

Consejo de Malak: Cada cosa tiene su lugar

El día en el que la **Colonia** había empezado a construir su **Dique**, Rusty se había alejado del resto de los humanos en busca de los castores, pues quería enseñarles unas bayas que había encontrado y ver si podía luego quedarse a jugar con ellos.

Empezó su búsqueda por la ribera del **Gran Hermano**, pues a veces los había visto corretear por ahí. No los encontró, pero sí vio huellas de sus patas. ¡Tenía que seguir el rastro! Las pisadas le condujeron hasta el **Gran Roble** y ni rastro de la **Colonia**.

Sin embargo, en la orilla había una construcción hecha de un sinfín de ramas y barro. Muchísimo barro. Rusty no lo sabía aún…, pero aquel montículo era la **Madriguera** de los castores. Miró a todos lados, buscando. Al no encontrarlos, recordó que a veces los había visto subidos en grandes troncos y pensó que podrían estar dentro de aquel enjambre de palos, así que echó a correr hacia allí.

Entró radiante, esperando encontrarlos dentro, pero solo recibió un golpe en la cabeza porque el techo era más bajo de lo que esperaba. Se dio cuenta de que tendría que ir a gatas para poder moverse por toda la estancia.

Cuando se agachó, se le clavaron en los antebrazos las raíces y las hojas que los castores almacenaban en un lateral de la **Madriguera**, a modo de despensa. Siguió avanzando y se topó con una estancia diferente, más calentita, con pilas de hojas secas y hierbajos. ¡Debían de ser sus camas! Siguió arrastrándose por el suelo, llevándose consigo todas las virutas que estaban tan bien colocadas en la entrada.

Tras haber recorrido todo el espacio, volvió a salir, decepcionado por no haber encontrado a sus amigos. Al ponerse de pie fuera de la **Madriguera**, notó que estaba lleno de hojas secas, tronquitos clavados en sus pantalones, virutas pegadas en sus brazos… y empezó a sacudirse.

Al quitárselo todo, vio a sus pies lo que había caído, sorprendido del gran círculo de ramitas y hojas que había a su alrededor. Miró al frente, hacia el interior de la **Madriguera**, y se percató del destrozo que había hecho.

—¡No puede ser! —exclamó Rusty—. ¡Les he desordenado la **Madriguera**!

Rusty miró hacia los lados, esperando que ningún castor estuviera cerca para ver que, sin querer, había metido un poco la pata. Empezó a ponerse nervioso, pero en ese momento recordó que "**cada cosa tiene su lugar**" y supo qué tenía que hacer.

Comenzó a pensar dónde había visto cada color de hoja y rama dentro de la **Madriguera** y a clasificarlas para recolocarlas de nuevo. Menos mal que le habían enseñado a prestar atención a lo que le rodeaba. Una vez ya tenía claro dónde iba cada cosa, empezó con mucho cuidado: despacio y sin prisa, para no volver a desordenar nada. ¡La **Colonia** tenía un montón de tipos de hojas y de semillas guardadas! Ahora que les estaba poniendo tanta atención, sabía que en algún momento buscaría sus nombres en el libro que guardaban en la cabaña.

Esta vez tardó mucho más, pues ahora era consciente de que su tamaño era mayor que el de todas las estancias de la **Madriguera** y de que cualquier movimiento podía hacer que su trabajo se viniera abajo.

Cuando el círculo que había visto bajo sus pies había desaparecido, volvió a mirar hacia dentro de la **Madriguera**. ¡Por fin estaba todo en su sitio! Respiró con alivio, sintiendo orgullo del trabajo que había hecho.

Recordó que había traído unas bayas para sus amigos, así que cogió varias hojas y las trenzó, haciendo una especie de cuenco, y puso las bayas dentro. Volvió a entrar con cuidado en la despensa y, a modo de regalo, las colocó para que la **Colonia** supiera que había estado allí.

A lo lejos, escuchó cómo Ojo de Halcón lo buscaba, así que corrió hacia donde se encontraban los humanos.

—¡La **Colonia** necesita nuestra ayuda! Están haciendo un **Dique** para que el **Bosque** prospere en esa zona y nos han venido a buscar para que les ayudemos. ¡Vamos! —le dijo Arco Iris al verle.

—¡Así que allí estaban! He estado un buen rato buscándolos.

Los humanos comenzaron a seguir a Keeo, que los llevó al lugar donde el resto de los castores se encontraban patas a la obra. Rusty no dijo nada de su aventura en la **Madriguera**, pues esperaba que pronto la Colonia fuera a buscarlos tras ver el regalo que les había dejado, y empezó a poner los troncos donde Lekes le señalaba.

Esa noche, cuando vio a los castores sentados alrededor del **Estanque**, hablando con el búho, se dio cuenta de que ellos también eran muy ordenados, pues al acabar colocaron todo en su sitio.

Había aprendido un sinfín de cosas ese día, como que los castores siempre tenían todos sus sentidos despiertos. Ya no se volvería a olvidar de que **cada cosa tiene su lugar**, pues hasta en el Bosque hay que tener cuidado y dejarlo todo ordenado.

CAPÍTULO 7: El gran incendio

Promesa: prometo compartir mi labor como Castor, participar con alegría en la Colonia

Consejo de Malak: Todas y todos necesitamos tu ayuda, compártela

Era un día como otro cualquiera en el **Estanque** y la última hoja del **Gran Roble** había caído a la ribera del río. Había comenzado el otoño y los castores comenzaban a guardar provisiones para el invierno.

De pronto, empezaron a caer fuertes gotas de lluvia mientras el cielo se ponía de un gris muy oscuro. La **Colonia**, como un día más de lluvia, siguió con sus quehaceres, pues una pequeña llovizna no les iba a impedir seguir trabajando. Pero, de repente, el cielo se iluminó.

Un relámpago alumbró todo el **Bosque** y le siguieron muchos más. Se escuchaban truenos, lejos aún de la **Madriguera**. Los castores no tenían miedo, pues esto era un fenómeno normal en esta época del año y estaban acostumbrados.

Pero entonces algo les llamó la atención: un rayo impactó contra uno de los árboles, partiéndolo en dos y, con un fuerte estallido, se prendió fuego. ¡El **Bosque** se estaba incendiando! Como el Bosque estaba tan seco y las hojas parecían yesca, una ráfaga de viento había arrastrado las llamas a los árboles cercanos y el fuego se había propagado muy deprisa.

Malak rápidamente empezó a ulular, avisando a todos los animales del peligro. Aunque no hablaba todas las lenguas, sabía que ese sonido alertaría a cualquiera, al igual que lo haría un oso o incluso un humano.

—¡Corred, se acerca el fuego, poneos a salvo! —Malak volaba, avisando a todo el **Bosque**.

Mientras Malak se iba, la **Colonia** se reunió cerca de su Madriguera:

—¡Gran Castor Marrón, tenemos miedo! ¿Qué hacemos? —preguntó Piko.

—Debemos ponernos a salvo, buscar refugio para no quemarnos —respondió Kibu.

—Tenemos que hacer algo para que no se siga propagando el fuego —replicó Gran Castor Marrón—. Es muy importante que ayudemos a todos los animales, que ninguno se quede atrás y que busquemos la manera de que el fuego no vaya a más.

—¿Cómo se apaga el fuego? —preguntó Moi.

—A mí solo se me ocurre una forma y es con el agua del **Gran Hermano** —dijo Lekes, que había vivido más de un incendio.

—¿Y cómo hacemos llegar el agua a todo el **Bosque**? —preguntó Kid.

—¡Hay que destruir el último **Dique** que hicimos! Eso generará una gran ola que llegará a todo el fuego —continuó Lekes, a quien, aunque no lo reconociera, le dolía mucho destruir su gran tesoro, pero sabía que era la mejor solución.

—¡Pues no hay tiempo que perder, afilad las paletas y empecemos a roer! —exclamó Nila, haciendo que toda la **Colonia** nadara rápidamente hacia el Dique.

Sin dudarlo un instante, toda la **Colonia** siguió las indicaciones que Nila y el resto de **Grandes Castores** les daban para destruir el Dique. Piko y Lekes se encaramaron a lo más alto y quitaron los troncos, lanzándolos a la ribera. Moi y Kibu se pusieron a escarbar para eliminar el barro que compactaba la construcción. Keeo ayudaba a los animales a ponerse a cubierto para cuando viniera la gran ola.

—¡Cortezas! ¡Qué difícil es intentar que me entiendan todos! —protestaba Keeo, que intentaba comunicarse mediante gestos.

Mientras, Kid, Gran Castor Marrón y el resto de la **Colonia** seguían sacando troncos de la construcción, intentando que el agua fluyera con fuerza hacia el **Bosque**. TicTac avisaba desde la copa de los árboles hacia dónde iba el fuego, para que el agujero que los castores estaban creando en su Dique apuntara en la dirección correcta.

¡Y llegó la gran ola! De repente, entre los huecos que habían hecho los castores, brotó el agua con fuerza, llegando a todos los rincones que el fuego estaba arrasando. El humo espeso no dejaba ver a la **Colonia** si su plan había dado resultado, pero fueron llegando todos al **Estanque de nenúfares** a esperar a que se disipara.

—¿Ha dado resultado? —preguntó Nila.

—¿Estamos todos bien? —preguntó Kibu.

—Tendremos que esperar a que Malak o TicTac nos digan cómo se ve desde el cielo o en la copa de los árboles que aún siguen en pie —añadió Gran Castor Marrón con pesar.

—Toca esperar y desear lo mejor —dijo Moi, encogiéndose de hombros.

Al cabo de un rato llegó Malak, pero no lo hizo solo, pues lo acompañaban los humanos. Ojo de Halcón, Burbujas, Rusty y Arco Iris habían seguido al búho sabio para saber cómo estaban los castores y se alegraron de ver que todos estaban a salvo.

—¡Castores! ¡Castoras! ¡Sois magníficos! —exclamó Malak—. Estaba sobrevolando nuestro **Bosque** y vi cómo llegaba el agua a todos lados, apagando el fuego. ¡Qué bien que sabéis que **todos necesitamos ayuda**!

—Entonces, ¿ha funcionado? —preguntó Lekes, que se alegraba de que su construcción siguiera sirviendo a pesar de todo.

—Evidentemente, querido amigo, ¡se ha apagado todo el fuego del **Bosque**! El agua no solo estaba contenida para que esa parte del **Bosque** la disfrutara, sino para hacer uso de ella cuando la necesitáramos —continuó Malak.

La **Colonia** comenzó a corear y a bailar de la alegría, chapoteando las colas en la orilla del río. Los humanos y todos los animales cercanos comenzaron a unirse a su festejo, pues, gracias a la ayuda de la **Colonia**, el **Bosque** se había salvado.

—No veas lo que me ha costado que los otros animales entendieran lo que les estaba intentando decir, Piko —le dijo Keeo—. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo importante que es que todos podamos comunicarnos. ¡Espérate! —A Keeo le brillaban los ojos de la emoción al tener una idea—. ¡**Prometo** que a partir de ahora intentaré hablar con todos los animales! Ya sea aprendiendo sus idiomas o un código con piedras, ¡o lo que sea!

—¡Qué gran idea! Yo, Piko, **prometo compartir mi labor como Castor, participar con alegría en la Colonia** y, además, siempre ayudar al resto del **Bosque**.

—Preciosas promesas para unos castores comprometidos como vosotros —dijo Malak, que les había estado **escuchando**—. Estoy seguro de que, con buena voluntad, esfuerzo y la ayuda del resto de la Colonia, podréis asumir esas grandes responsabilidades. Es muy fácil rendirse cuando intentamos cumplir nuestras **promesas**, pero debemos entender lo que decimos y ser unos castores realistas. Seguro que así sí podréis cumplirlas.

Entendían, una vez más, **que todos necesitan ayuda**, ya sea apagando un fuego o intentando comunicarse con todos. Con esas palabras que danzaban sobre las brasas apagadas del incendio, los castores **prometieron** muchas cosas, fortaleciendo aún más su compromiso no solo con su **Colonia**, sino con todo el **Bosque**.

CAPÍTULO 8: La tormenta ya llegó

Castor Keeo (Etapa de animación)

—¡Pásame ese tronco, Piko!

—¡Cuidado con las ramas, Moi!

—¡Empasta ahí bien con el barro!

—¡Más madera, más madera!

La **Colonia** estaba arreglando la presa tras las últimas lluvias y se encontraban atareados en sus labores. El resto del **Bosque** también estaba entretenido, pues se acercaba el invierno y debían recoger provisiones.

Keeo se encontraba con Lekes en la orilla, supervisando desde lejos la construcción y aprendiendo de su Gran Castor.

—Oye, Lekes, ¿no crees que ahí falta un tronco plano? —preguntó Keeo.

—Pues tienes razón, uno de abedul bien cortado a la mitad quedaría estupendo —respondió Lekes, contento de que el castor viera cada vez más las necesidades de la **Colonia**—. Hay que avisar a los demás para que vayan a buscarlo.

—No hace falta, están trabajando muy bien como para interrumpirlos. ¡Iré yo! Además, le tengo echado el ojo a uno… —A Keeo le brillaban los ojos con ilusión.

—Vale, Keeo, disfrútalo —le dijo Lekes mientras le guiñaba el ojo bueno.

El abedul del que hablaba Keeo estaba en un claro del **Bosque**, más arriba de lo que los castores solían ir. El joven castor ya había ido a esa parte, pero siempre acompañado del

resto de la **Colonia**. Sin embargo, algo le empezó a oler diferente y lo distrajo de su cometido: no olía a tierra, ni a lluvia, ni siquiera a comida, y no le sonaba este olor a ningún animal conocido.

¿Sería alguno de los humanos con esos *flusflús* que siempre olían raro, pero a la vez muy bien? Este olor nuevo olía maravillosamente.

Mientras Keeo buscaba de dónde venía ese olor, empezaron a caer gotas de entre los árboles y se dio cuenta de que no eran normales. Eran amarillas, verdes, naranjas, lilas, rosas… Había un sinfín de colores en esta lluvia, como si se estuviera derritiendo un arcoíris. Era una tormenta distinta a todas las que había visto u olido.

De lejos escuchó cómo el resto de la **Colonia** daba instrucciones para guarecerse en la **Madriguera**, así que decidió volver tras sus pasos para reunirse con ellos. Le sorprendía que, a pesar de que estuviera empezando otra tormenta, los árboles no se movieran ni soplara nada de viento. Y esas gotas… ¿por qué serían de colores?

Al llegar a donde estaba el resto de sus amigos, cayó un rayo de pronto. Se sorprendió de lo cerca que había estado de darle y eso hizo que fuera más rápido hacia la **Madriguera**. E impactó otro rayo más. Y otro. Y le siguieron cinco más. Parecía que lo estaba intentando atrapar.

La **Colonia** lo estaba viendo llegar y le animaron a que se diera prisa, que ya le faltaba muy poco. ¡Y *PUM*!

De repente, todo se volvió brillante, luminoso, con un resplandor cegador. Este rayo sí que le había dado de lleno.

—¡Keeo! —gritó Kibu, asustada.

—¡Cáscaras! ¡No veo nada! —gritaba Gran Castor Marrón—. ¿Dónde está Keeo?

—Yo le dejé ir solo a por un abedul, no deberíamos ir nunca solos —se lamentaba Lekes.

Cuando el resplandor fue bajando su intensidad, vieron cómo Keeo estaba a salvo y caminaba hacia ellos. El pelaje de Keeo, que antes era castaño, ahora era de un **brillante color plateado**.

Keeo sentía un hormigueo que le recorría todo el cuerpo. Lo notaba desde sus bigotes hasta las puntas de sus garras. Todavía no sabía el qué, pero algo había cambiado.

—¡Keeo, estás bien! ¡Qué susto más grande nos has dado! —dijo Kibu mientras corría a su encuentro.

—¡Increíble! ¡Te ha caído un rayo! —exclamó Nila—. ¡Qué gran aventura! ¡Y encima te ha cambiado el color del pelaje!

—¿Cómo? —se extrañó Keeo, que empezó a mirar hacia abajo, dándose cuenta de que su piel ahora era **plateada**.

—Madre mía, llevamos una temporada de tormentas larguísima, nos va a destrozar los túneles —decía una familia de topos que estaba en la ribera del río, hablando del suceso.

—¿Qué ha dicho el topo? —gritó Keeo, asombrado de que pudiera entenderlo—. ¿De qué túneles está hablando?

—¡Qué lluvia más extraña, Paca, ¡nunca había visto una igual! —le dijo una tortuga a su compañera.

—¿Estará bien el castor ese al que le ha caído un rayo? —dijo una cabra a otra—. Zanahorio, a ti te cae un rayo así y te deja el pelo rizado.

Keeo estaba abrumado por todas las conversaciones que estaba escuchando. Ya no solo entendía a los castores, estaba comprendiendo a todos los animales del **Bosque**.

—¿Vosotros también escucháis lo que dicen? —preguntó Keeo al resto de la **Colonia**.

—¿A quién te estás refiriendo, muchacho? —preguntó Gran Castor Marrón—. El impacto ha sido muy fuerte.

—Entiendo lo que dice la familia de topos de la ribera, lo que dicen las tortugas que están allí y lo que dice la cabra esa: que se le va a quedar el pelo rizado —replicó Keeo.

—Es cierto que he dicho eso —dijo la cabra que antes había hablado—. ¿Me entiendes?

—Sí, perfectamente, ¿y tú a mí? —respondió Keeo, haciendo un sonido que el resto de la **Colonia** no pudo entender.

El joven castor no solo se había vuelto plateado, ahora tenía la capacidad de hablar y entender a todos los animales del **Bosque**. Malak, que lo había estado viendo desde la copa del **Gran Roble**, se acercó a la **Madriguera**:

—¿De verdad entiendes lo que te digo?

—Claro, Malak, como siempre.

—Estoy hablando en mi lengua materna, no en la tuya, Keeo. Hace muchos años aprendí a hablar la lengua de los castores, pero no he podido aprender otras. Al igual que TicTac, con vosotros hablamos vuestra lengua.

—¿Qué está pasando, Malak? —dijo Gran Castor Marrón, que estaba sorprendido junto al resto.

—Nuestro joven amigo ha adquirido la capacidad de hablar todas las lenguas tras caerle el rayo.

—¡He cumplido mi **promesa**! ¡Ahora puedo comunicarme con todo el **Bosque**!

—¿Crees que podrías enseñarnos? —dijo tímidamente Nila—. Siempre que me voy de aventura, solo puedo entenderme con otras **Colonias** de castores y me encantaría vivir aventuras con más animales.

—Sería genial que nos enseñaras, Keeo. ¿Crees que podrás? —dijo Gran Castor Marrón—. Así ayudaríamos mejor a todo el **Bosque**.

—Eh… pues no sé. Aún me siento un poco raro. Tengo un hormigueo por todo el cuerpo, pero creo que sí, creo que podré.

A lo largo de los días siguientes, Keeo se esforzó en que toda la **Colonia** fuera aprendiendo las diferentes lenguas, invitando a todos los animales a sus clases, para que no solo fueran los castores quienes entendieran a los animales, sino que los demás también pudieran comprenderlos a ellos. Un día tocó aprender la lengua de los osos, otro, la de los peces del **Gran Hermano**, y así se fueron sucediendo las semanas, hasta que todos pudieron comunicarse entre sí.

—¡Hace mucho tiempo que no vemos a las personas que viven en el **Bosque**! ¡Voy a ver si también soy capaz de hablar con ellos!

Ya eran los últimos días del otoño cuando Keeo, seguido del resto de la **Colonia**, llegó a la cabaña de los humanos. Burbujas estaba balanceándose entre las ramas de los árboles, en un columpio. Rusty y Ojo de Halcón recogían setas, aprovechando que había llovido. Y Arco Iris estaba pintando en su caballete.

—¡Eh, amigos! —los llamó Keeo.

Los humanos pararon de golpe lo que estaban haciendo y se pusieron a buscar de dónde venía esa voz. No era una voz que reconocieran, por lo que los cuatro estaban sorprendidos.

—Sí, sí, soy yo, **Keeo el castor plateado** —dijo el castor, haciéndoles mirar hacia donde se encontraba.

—¡Un castor que habla! —dijo Burbujas, sorprendida.

—Sabía que podría también hablar con vosotros.

Keeo les contó la historia de cómo le había caído el rayo, que ahora podía hablar con todos y que estaba dando clases en el **Bosque** para comunicarse con los animales. Se preguntaba si podían aprender también la lengua de los humanos.

—¡Claro que sí, Keeo! Nos encantaría no solo que aprendierais, sino también aprender nosotros a hablar con los animales. Así podríamos vivir en armonía.

El resto del otoño, Keeo, junto a todos los animales, tuvo pequeños ratitos con los humanos, aprendiendo todas las palabras posibles los unos de los otros.

—Desde que te ha caído ese rayo, Keeo, no solo has cumplido tu **promesa** de entender a todos los animales, sino que has animado y ayudado al resto. ¡Estoy muy orgulloso de todo lo que has **progresado**! —le dijo Gran Castor Marrón al finalizar una clase de la lengua de los Alces—. Aún te queda mucho camino por recorrer, sigue **animando** a toda la **Colonia** para que tengas un futuro aún más brillante.

Las tortugas jugaban sin miedo cerca de la **Madriguera**, las águilas volaban cerca de los nidos de los frailecillos y los alces comían tranquilos en el prado. Nadie sentía miedo, pues ahora todos se podían comunicar. La **Colonia**, gracias a Keeo, había progresado y hecho que todo el **Bosque** también lo hiciera.

CAPÍTULO 9: Festival de las colas de colores

Las colas

Consejo de Malak: Limpio y sano debes crecer

La nieve cubría con su manto blanco todo el **Bosque**, sumiéndolo en una tranquilidad inusual: parecía que estuviera durmiendo. Todos los animales estaban bien calentitos en sus refugios, disfrutando de las provisiones que habían ido recopilando en las estaciones anteriores.

La **Colonia** estaba en su **Madriguera** y los castores más jóvenes estaban un poco aburridos, mirando por uno de los agujeros que hacía de puerta cómo nevaba y nevaba sin parar.

—Ay, cuánta nieve —suspiró Kid—. Ojalá dejara de nevar para poder salir a jugar.

—Echo de menos nadar en el **Gran Hermano** —dijo Piko, moviendo sus patas con inquietud.

—Buf, nos estamos retrasando en las clases para aprender a hablar con los humanos —añadió Keeo, impaciente.

—No desesperéis, castorzuelos —dijo Gran Castor Marrón, acercándose a los melancólicos hermanos que se lamentaban mirando por el agujero—. Hay un montón de cosas que podemos hacer dentro de la **Madriguera**. No sabéis la de secretos que guarda. Estoy convencido de que aquí dentro hay cosas que os pueden interesar más que las que hay fuera y que os podrán ayudar a fortalecer vuestras paletas y colas. Os animo no solo a encontrarlas, sino a **compartirlas** con el resto.

Los castores, animados por el reto que les había propuesto Gran Castor Marrón, se separaron por los distintos recovecos, buscando cada uno cosas que les pudieran interesar. Evidentemente, ninguno salió del refugio, pues la ventisca era cada vez más intensa.

—¡Ya sé qué quiero enseñaros! —dijo Moi, emocionado—. Creo que os va a gustar mucho.

La Colonia se acercó a la esquina donde estaba Moi, dejando a un lado lo que estaban haciendo para prestarle toda su atención.

—Todos sabéis lo mucho que me fascinan las piedras… ¡Pues he creado un cuento con todas ellas! —dijo Moi, mostrando una bolsa de hojas trenzadas llena de rocas de distintos tamaños y formas. Además, algunas de ellas estaban pintadas—. Cada una representa algo o a alguien, y las he ido pintando para que el cuento sea más fácil de entender. ¡Os lo voy a contar!

Mientras Moi iba sacando las piedras de su bolsa, interpretando con distintas voces y sonidos su cuento, el resto de la **Colonia** se fijaba no solo en la creatividad, imaginación y pasión que mostraba su amigo, sino también en que tenía la **cola pintada** por un lado de rosa.

Cuando Moi hubo terminado, contento de haber podido compartir con todos su historia, los castores volvieron a su búsqueda, mucho más animados.

No había pasado mucho tiempo cuando otro castor saltó:

—¡Yo he hecho un descubrimiento asombroso! —gritó Kibu.

Los castores, aludidos por esta exclamación, fueron corriendo a otro lado de la **Madriguera**, donde estaba la castora, dándose cuenta también de que su cola estaba pintada de blanco.

—¡La mejor pasta de paletas del **Bosque**! He mezclado la anterior con unas plantas de menta que la hacen fresquísima. Con esta nueva pasta los dientes estarán tan limpios y sanos que podremos cortar hasta los árboles más grandes y gruesos. ¡Venga, venid a probarla! Que, como dice Malak, **"limpios y sanos debemos crecer"**.

—¡Oh! ¡Castañas pilongas! —exclamó Kid, enseñando una rama que había estado astillando para que fuera generando pequeños hilos delgados en uno de los extremos—. Yo he estado creando un cepillo que nos permita llegar a todos los rincones de nuestras bocas.

—Podríamos combinar nuestros descubrimientos, Kid.

—Y no solo eso, he estado pensando que podemos hacerlo tan grande como queramos; igual que limpiamos las paletas, podemos limpiar la **Madriguera** y tener un cepillo de pata.

La **Colonia** aplaudía los avances de sus compañeros, pues no solo les servían a Kid y a Kibu, sino a todo aquel que quisiera usarlos. Y, al igual que a su amiga, a Kid también se le había **pintado la cola** de blanco, quizás por haber estado trabajando en algo similar.

El siguiente castor en enseñar su progreso fue Kapi, que se encontraba en la parte más interior de la **Madriguera**. Entre sus patas sujetaba un pequeño librito hecho por él mismo, cuya pintura verde todavía no se había secado. Lo que había hecho era dibujar y pintar todas las hojas de los árboles del **Bosque**, pues le parecían magníficas. Además, había añadido para qué servían y en qué lugares era más fácil o difícil encontrarlas. Las había tenido que dibujar porque no había hojas frescas en la **Madriguera** y los colores de las que él guardaba ya no eran los mismos.

Al igual que al resto de los castores que habían mostrado sus descubrimientos, se le había **pintado la cola**, pero en esta ocasión del verde de las plantas.

Keeo, que había estado largo tiempo enfrascado en sus pensamientos, sabía qué era lo que necesitaba no solo para sí mismo, sino para el resto de la **Colonia**: alegría y diversión. Llamó a los castores hacia donde estaba y les mostró un artilugio fantástico: una flauta hecha por él mismo. Había atado cañas de diferentes tamaños, de forma creciente, y entonces:

—¡*Tiroriroríí*!

Los castores se quedaron asombrados, pues pocas veces habían escuchado música más allá de la que hacía la propia naturaleza. Keeo siguió tocando, moviéndose por toda la estancia, haciendo que la **Colonia** se levantara a bailar. Él también tenía la **cola pintada** de marrón, pues las cañas y la cuerda le habían dejado ese color, que sobresalía con el tono plateado del resto de su cuerpo.

—Kapi, ¡si mueves tus hojas secas, podrás hacer sonido del viento! ¡Moi, si coges tus piedras y le das por los lados con esa rama, sonará como cuando cae el agua en la cascada! ¡Kid, con tu cepillo, frota el suelo para que suene como las ramas de los árboles al chocar entre ellas! ¡Hagamos música entre todos!

La **Colonia** siguió el entusiasmo de Keeo, que iba moviéndose por toda la Madriguera bailando y haciendo sonar su flauta, animando a todos a unirse a su grupo de música improvisado. Se podía ver cómo también se les había **pintado la cola** de marrón, uniéndose al resto de colores que ya tenían.

—¡Hala, Kid, tienes la cola blanca y marrón!

—Y tú la tienes verde y marrón —le dijo a Kapi.

—¡Todos tenemos las colas de muchos colores! —exclamó Piko.

—Eso es por el gran trabajo que habéis hecho hoy. ¿Veis todo lo que podéis descubrir de vosotros mismos si nos paramos a pensar? —dijo Gran Castor Marrón, que había aportado su música haciendo girar, con sus dos patas, un tronco que contenía guijarros, arena y conchas del **Gran Hermano**, que imitaba el sonido de la lluvia.

Seguían con su fiesta cuando vieron que la nieve había dejado de caer. Entusiasmados por todo lo que habían aprendido ese día, por fin salieron y se pusieron a jugar con la nieve, que terminó por teñirse del color de las colas de los castores.

En ese momento se dieron cuenta de que no tenían por qué esperar a estar recluidos en la **Madriguera** para **descubrir intereses propios, mejorarlos y compartirlos**, sino que lo podían hacer en cualquier momento del año. Ellos no lo sabían, pero acababan de crear la tradición del Festival de las Colas de Colores.

CAPÍTULO 10: La enfermedad del Gran Hermano

Consejo de Malak: Vivimos en el bosque, cuídalo

Consejo de Malak: Todos y todas necesitamos tu ayuda, compártela

Tras haber pasado el invierno, durante el cual había nacido otra camada de castores, los habitantes del Estanque comenzaron a salir poco a poco de la Madriguera. Ahí habían pasado gran parte de la fría estación, guareciéndose del frío y de la nieve.

Para su sorpresa, al salir de la **Madriguera**, se percataron de que el **Gran Hermano** comenzaba a descongelarse y podían volver a nadar entre sus aguas. Con los primeros rayos del sol, Keeo y sus hermanos comenzaron a zambullirse, **animando** a los nuevos **castores sin paletas** a que los siguieran.

La corriente los llevó a un afluente del río que aún no habían explorado. Chapotearon y se rieron todos juntos, pues la primavera había comenzado. Kid, que siempre estaba dispuesto a jugar con todos, lanzaba a las aguas a los nuevos castores, convirtiéndolo en la primera aventura de la temporada.

Cuando empezaba a caer el sol, Kapi les recordó que era la hora de cenar y que debían volver todos juntos a **compartir** las bellotas que habían separado para esa noche. Volvieron nadando al Estanque, donde les esperaban los **Grandes Castores** con cuencos trenzados con muchas bellotas y otros frutos de cáscara.

Al salir del agua, Moi se dio cuenta de que Kid tenía el pelaje más brillante de lo habitual:

—¡Ey, Kid! ¿Qué te has puesto hoy en el pelo? Está como demasiado aceitoso.

—Tú también estás muy reluciente —respondió Kid.

—Me duele la barriga —dijo un **castor sin paletas** al fondo.

—Keeo, ¿tú nos notas algo raro? —le preguntó Kid—. Tócame el pelaje, a ver si sientes algo.

—¡Puaj! ¡Estás superpegajoso! Me has dejado las patas pringosas —replicó Keeo tras tocarlo, poniendo cara de asco.

—Gran Castor Marrón, me duele mucho la tripa —volvió a decir otro castor.

—Y a mí también.

—¿Adónde habéis ido hoy? Estáis todos pringados y con un olor muy raro —les dijo Gran Castor Marrón, que miraba a los pequeños castores preocupado y a los no tan pequeños con cara de desaprobación.

—El **Gran Hermano** nos llevó a un nuevo afluente y estuvimos jugando allí. No comimos ni hicimos nada raro —aclaró Piko.

—Algo tiene que haber en ese sitio, pues los pequeños castores están todos enfermos y vosotros tenéis el pelaje recubierto de una baba muy viscosa. Mañana deberíamos ir a investigarlo —ordenó—, pero ahora, id a lavaros y vosotros, pequeños castores, a dormir a la **Madriguera** con Kibu, que os dará una sopa de cerezo.

A la mañana siguiente, toda la **Colonia** fue caminando por la ribera hacia el recodo donde los castores habían enfermado y descubrieron que había una nueva fábrica construida por humanos que vertía un líquido espeso hacia el río.

—¡Por las plumas de Malak! Están contaminando el **Gran Hermano** —exclamó Lekes, asustado al ver que las aguas se teñían de un color marrón muy desagradable.

—¡Hay que hablar con esos humanos para que dejen de pringar todas las piedras y el río! —pidió Moi, que miraba hacia todos lados viendo el gran desastre que había generado la fábrica.

—Creo que, para que no se asusten, debemos ir a buscar a nuestros amigos los humanos y que ellos les digan que **vivimos en el Bosque y que deben cuidarlo** —dijo Nila, que sabía que cualquier otro humano que viera a castores hablar se podría asustar.

La **Colonia** volvió caminando a la cabaña, pues no se fiaban de que el **Gran Hermano** estuviera sano en todos sus recodos y afluentes. Les explicaron lo que habían visto y cómo el río estaba enfermo. Gran Castor Marrón les pidió ayuda, recordando a los presentes que "**todos necesitan tu ayuda**". Arco Iris se enfundó las botas y rápidamente siguió a los castores hacia la fábrica, junto a muchos más animales del Bosque que también habían enfermado.

El resto de humanos comenzó a ayudar a los animales a quitarse el pringue y la Colonia empezó a limpiar lo que podían con sus patas, mientras que Kibu preparaba más sopa de cerezo para repartirla.

Al cabo de un pequeño rato, Arco Iris volvió con una gran sonrisa y les contó lo que había pasado. Todos los humanos de la fábrica estaban muy arrepentidos de lo sucedido y pedían disculpas a los habitantes del **Bosque**, pues no se habían dado cuenta del daño que habían causado. Justo en ese momento, varios humanos salieron y comenzaron a limpiar, pues ellos también sabían que **vivían en el Bosque y debían cuidarlo**.

Casi sin mediar palabra, TicTac comenzó a organizar desde la copa de los árboles las labores de limpieza: los alces con sus cornamentas quitaban las piedras más sucias y las apartaban del agua, los pelícanos (que acababan de llegar tras el invierno) se llevaban con sus grandes bocas el aceite a unos contenedores que habían sacado los humanos y la **Colonia** repartía en cuencos trenzados la sopa sanadora de Kibu.

En un abrir y cerrar de ojos, la enfermedad del **Gran Hermano** había sido curada, pues entre todos habían logrado salvarlo. Una vez más, se habían dado cuenta de que trabajando todos juntos podrían conseguir grandes cosas.

CAPÍTULO 11: Nado arriba

Despedida de la Colonia

Cuento ambientado gracias a "Canción de Despedida de la Colonia Castores" del Grupo Scout La Salle - Jerez de la Frontera (MSC)

—¿Quién quiere venir de aventura este verano conmigo? —preguntó Nila a la **Colonia**—. ¡No puede ser que otro verano me vaya a ir sola!

Empezaron a mirarse los unos a los otros, sin que nadie respondiera la pregunta a la castora más aventurera de la **Madriguera**. Ninguno había salido del **Bosque** más que Nila, pues no se atrevían a ver qué había **nado arriba**.

—Venga, será divertido. En las colinas vive la familia de TicTac y ahora que podemos hablar con todos los animales seguro que nos cuentan grandes historias de TicTac bebé —seguía Nila intentando convencerles.

—¿Pero es peligroso? —preguntó una vocecilla tímidamente.

—¡Claro que no! No he escuchado bien, ¿hay algún castor que empieza a animarse, eh?

—Bueno, a ver… me genera mucha curiosidad —dijo Keeo entre los castores—. La verdad es que podría estar bien.

—¡Oh, Keeo! ¡Claro que sí! Te enseñaré a orientarte en cualquier parte del mundo —la castora comenzaba a emocionarse— y a cómo cuidar cualquier **bosque**, pues no todos son iguales. Hay algunos muy secos a los que llaman desiertos y otros que son muy húmedos que llaman selvas. ¡Buah! ¡Tienes que venir conmigo! ¡Di que sí!

—No sé, Nila…

—Si tú vas, yo también voy —dijo Kid, que siempre estaba atento a todas las aventuras de Nila y se moría de ganas de ir, pero no quería hacerlo solo.

—¡Castañas! Si vais los dos, yo también iría —dijo Kapi—. Seguro que en esas selvas hay más madera que cortar que los viejos árboles de nuestro **Estanque**.

—Venga, Moi, Piko, animaos, será divertido si vamos los seis —exclamó Nila. Nunca una camada de castores había sido tan aventurera.

—¿Pero allí habrá bellotas para comer? —preguntó Piko.

—No solo bellotas, sino también anacardos, nueces de macadamia, almendras y troncos de árboles tan grandes que no podremos cortarlos con nuestras paletas.

—Vale, ¡haremos el **nado arriba**! —exclamaron los cinco hermanos.

Nila estaba en su mejor momento. Por fin había encontrado a castores para su expedición hacia las montañas. Les explicó que debían coger solo las cosas imprescindibles y que tendrían que ir todos juntos a explicárselo a los **Grandes Castores**. Y como las grandes decisiones se tomaban en el **Estanque de Nenúfares**, esperaron a que cayera el sol para reunir a toda la **Colonia** y poder así despedirse.

La noche llegó pronto y la luna llena iluminaba todo el **Gran Hermano**, haciendo que las aguas brillaran bajo los nenúfares donde empezaban a sentarse los castores. Malak se sentó en su habitual rama y les preguntó:

—Castores y castoras, ¿qué hacemos esta noche de verano sentados aquí?

—Queríamos deciros que todos nosotros —dijo Keeo, señalándose tanto a sí mismo como a los castores que habían hablado esa mañana— hemos decidido irnos más allá de nuestro

Dique. Nos toca que nuestras colas nos lleven más allá del arcoíris y ver qué hay después del **Gran Hermano**.

—Oh, castores, ¿estáis seguros de que queréis iros de aventuras tan lejos?

—Lo hemos pensado mucho y tenemos ganas de descubrir nuevos lugares, conocer a otros animales e incluso comer troncos en otra parte del mundo —respondió Kid.

—Siempre guardaré el recuerdo de la presa y los amigos, pero sí, tengo muchas ganas de aventurarme —dijo Moi.

—Y bueno, echaremos de menos tener la atenta mirada de un búho algo entrometido, pero sabemos que siempre nos estará ayudando allá donde vayamos —dijo Kapi.

—Pues no se hable más, os estaremos esperando con la caída de la primera hoja del otoño, para construir nuevos diques y madrigueras —se alegró Gran Castor Marrón.

Esa noche, los castores aventureros durmieron malamente, pues estaban nerviosos por comenzar su viaje y se pasaron la velada dando vueltas entre las virutas de abedul que tenían dentro de su **Madriguera**.

A la mañana siguiente, cuando los intrépidos castores salieron, se encontraron con que todos los amigos que habían hecho en el **Bosque** los estaban esperando para despedirse y darles las gracias por todo lo que habían **compartido**. Gran Castor Marrón había pasado toda la noche avisando, desde el pez más pequeño hasta el oso más grande, de que ese día comenzaría el **nado arriba** de sus castores.

—Es muy emocionante ver cómo habéis crecido, jovenzuelos —empezó Gran Castor Marrón, tendiéndoles algo—. Sé que pronto estaréis de vuelta, pero os he hecho esta bolsa con provisiones para que os podáis llevar ramas y frutos por si allá donde vais no os gustan.

—Ya que vais hacia las colinas, si veis a mi familia, ¿podríais saludarla? Seguro que os reciben con una gran fiesta y podréis tener alguna aventura con ellos. ¡Son tan divertidos como yo!

—añadió TicTac, contenta, pero a la vez un poco triste porque iba a echar de menos a sus amigos.

—Yo siempre le pido a Nila que cuando se va de aventura, me traiga un tronco para mi colección —siguió Lekes, que, aunque se estuviera haciendo el duro, estaba llorando un poquito—. Anoche dijisteis de ir a la selva… ¿me traéis un baobab?

—¡Muchacho! ¿Tú sabes lo grandes que son esos árboles? —exclamó Malak—. Confórmate si te traen una rama —se rio el búho—. Castores, ¿quién os diría hace dos inviernos que seríais vosotros los que traeríais nuevas historias para contar a los **castores sin paletas**? Os deseo mucha suerte en el **nado arriba**.

—Aprovecho que el búho sabio está hablando para recordaros que siempre hagáis caso a los **consejos de Malak**, pues seguro que os ayudarán mucho allá donde vais —dijo Kibu, que siempre se preocupaba por ellos—. ¡Y lavaos las paletas!

—No sé si cuando volváis nosotros seguiremos en la cabaña del **Bosque**; nos hemos divertido mucho con vosotros, pequeños castores —dijo Ojo de Halcón.

—Gracias por enseñarnos tanto del **Bosque** —dijo Rusty.

—¡Y de la importancia de compartir! —saltó Burbujas.

—¡Las mejores aventuras que hemos pasado nunca! ¡Hemos aprendido a hablar con castores y más animales! —sonreía Arco Iris—. No olvidéis nunca que sois magníficos.

—Sí que sois grandes, eh, castorcitos, ¡a ver qué nuevas nos traéis! —dijo Tente el topo, que había salido de su túnel solo para este momento.

—Muchas gracias a todos por haber venido a despedirnos —comenzó Moi.

—¡Qué alegría que tengamos tantos amigos! —dijo Kid.

Rusty, de una pata, y Malak, de la otra, acompañaron a Keeo y al resto de los castores a comenzar el **nado arriba**. Sabían que, en la selva o allá donde fueran, encontrarían un nuevo hogar, pero que siempre volverían a donde el agua les salpicara y donde pudieran hacer chapotear sus colas.

- FIN -